

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AÑO XXVII | Alicante 25 de Marzo 1898 | NÚMERO 3.

SECCIÓN DOCTRINAL

COMPROBACIÓN DE LAS VERDADES FUNDAMENTALES DEL ESPIRITISMO

VI.

Recompensas y penas com› consecuencia natural de los actos (*)

AHORA bien.

«Dios es, lo *Infinito absoluto esencial.*

Luego Dios es el Sér de toda realidad, la esencia de toda esencia, el sér de todo sér, *el Principio y Fin de todas las cosas.*

Luego, todo sér y toda cosa que en su infinito Sér existen, son esencia de Su esencia.

¿Caracteriza á la divina esencia, al Sér de toda realidad, á Dios, la *propiedad* intrínseca del Bien?—Indudablemente, puesto que Dios es el *Bien* infinitamente absoluto, y el *Bien* absolutamente infinito.

Luego el *principio esencial* de todo sér y toda cosa que en lo Infinito absoluto, en el Sér de toda realidad, en Dios, se contiene, posee la *propiedad intrínseca* del Bien.

(*) Véase el número anterior.

Luego *bien*, será la *positiva* propiedad esencial de la Infinita sustancia.

Luego, la esencia ó la sustancia de todo sér y toda cosa que sean *en* Dios, *de* Dios y *por* Dios, posee la propiedad del *Bien*, y tiene, fatalmente, que realizarse en su propiedad.

¿Hay algún sér ó cosa que no sean *en* Dios, *de* Dios y *por* Dios?—No, puesto que Dios es lo infinitamente absoluto y lo absolutamente infinito.

Luego la esencia ó la sustancia de todo sér y cosa que en el seno de lo Infinito, del Sér, de Dios, existe, posee la propiedad del *bien*, y tiene fatalmente que manifestarse en la realización de su propiedad.

¿Qué será, pues, entonces, lo que se llama *mal*?

La *negativa* propiedad esencial de la infinita sustancia.

Y como no hay sustancia sin propiedad, la *negación* de propiedad es la negación de sustancia.

Luego, el *mal*, es la carencia sustancial, la negación de la sustancia, la negación del sér, el vacío absoluto, la negación de Dios, el verdadero ateismo.

Luego, el *mal no existe*.» (*El Espiritismo es la filosofía*, por D. Manuel Gonzalez Soriano.)

De estos dos conceptos que tan admirablemente armonízanse con las verdades comprobadas anteriormente, deduce el Espiritismo la de las recompensas y penas, como consecuencia natural de los actos.

El divino consejo de Jesús de Nazareth:—Sed perfectos como nuestro padre que está en los cielos!;

Es, no sólo la fórmula más exacta de la ley de vida, si que también de la felicidad de todo sér.

Aun suponiendo un sér que no se perfeccionara infinitamente; como siempre le restaría infinita existencia para realizar su perfección, nunca dejaría de obedecer á esa ley de vida, que en el cumplimiento lleva la recompensa, y en el retraso del cumplimiento el castigo.

En efecto, á mayor bien realizado, mayor perfección, mayor felicidad.

Los mismos criminales son para nosotros *enfermos* de mayor ó menor cuidado según la gravedad de su estado moral; pero nunca *incurables*.

Cuando vulnera sistemáticamente las leyes morales, sucede al espíritu lo que al organismo que vive fuera de las leyes higiénicas: la falta de aseo obstruye sus poros; la falta de ejercicio, agota sus fuerzas; los desórdenes en la alimentación y en la bebida, unidos al desenfreno concupiscente, acarréanle enfermedades peligrosísimas.

¿Puede negarse que el castigo de tales faltas sigue inmediatamente, y es una consecuencia natural de ellas?

Ahora bien: el espíritu tiene una higiene lo mismo que el cuerpo; ¿deja acumularse sobre él los defectos; complácese en la indolencia; déjase llevar de las pasiones más viles y bajas? Pues cuantos vean sobre él las asquerosas manchas del egoismo, de la hipocresía y de la envidia; la peste de la holgaza-

nería, y el infierno interior de rencores y odios que ruje sin freno, se apartarán de su lado con invencible repugnancia.

Aun suponiendo que, por gozar de una posición social elevada, encuentre en sus aduladores: tolerancia para sus defectos, disculpas sofísticas para sus pasiones, impunidad *por el momento* para sus crímenes ¿escapará á la ley?

Oigamos á sus mismos aduladores:

—Vémonos precisados á tolerar y aun disculpar sus vicios porque á su sombra medramos, pero la verdad es que si no tuviera la posición que tiene, la sociedad entera reputaríale un canalla y un miserable. Por mucho menos, hay quien está en presidio, ó en vísperas de subir al patíbulo.

Oigámosle á él mismo:

—¡Moralidad! ¡Justicia!... palabras huecas, buenas únicamente para engañar á los imbéciles! En la vida social todo estriba en saber cubrir las apariencias. El mundo es tan necio, que no solo consiente todo al que tiene riquezas y poder, sino que le disculpa y le considera. Claro está que todo ello, es fingido; pero aun así, no deja de halagarme, porque viene á legitimar indirectamente mis acciones. Reconozco, que arrastran la cadena de presidiarios muchos que son mejores que yo, pero, á estar en mi pellejo, bien seguro que cualquiera de mis hipócritas censores hubiera hecho lo mismo. ¡Si no más! Lo malo es que los resultados no responden á los esfuerzos: el placer siempre igual: breve y efímero; los hombres me cargan; unos, por su ñoñería; otros, por sus pretensiones estupendas; éstos por sus mal disimuladas envidias; aquellos, por su servilismo. Y ¿esto es la vida? ¡Pues hay que confesar que no vale el trabajo que cuesta!

Queremos suponer el caso más favorable á la impugnación de nuestra tésis, y por eso prescindimos de tener en cuenta: el vacío que en derredor del egoista por sistema, efectúa su propio egoísmo; ni las derrotas de la soberbia impotente, tanto más dolorosas, cuanto más ciega la soberbia; ni los correctivos que, la sociedad misma, impone separándole de sí (ó por lo ménos desconsiderando) al perdido; ni las penas que el código aplica al criminal.

Aún más todavía. Supongamos que el individuo en cuestión—*sprit fort,* si los hay—llega á la vejez con salud de hierro, gozando de las mayores consideraciones sociales, rodeado de amante familia y de cariñosos y sinceros amigos. En una palabra, pudiendo gozar de la mayor felicidad sobre la Tierra. ¿Sabrá, no ya disfrutarla, sinó comprenderla?

Es imposible.

¿Puede comprender el amor verdadero aquel que nunca ha sabido amar verdaderamente? ¿Puede gozar con la amistad sincera el que nunca creyó en la sinceridad de la amistad? ¿Pueden satisfacer las mayores consideraciones sociales, al que sabe que son, no á él,—que jamás hizo nada por merecerlas,—sino á su rango, á su posición ó á su empleo? De ninguna manera. El que jamás estuvo enfermo, no sabe el inmenso valor de la salud. Y eso sin contar

que, si en su encallecida conciencia todo ello no despierta ecos de tormentosos remordimientos, tiene que sonar cual conjunto de mordaces notas de ironía. Ni con la forjada impotencia de la senectud. Ni con la muerte; estado en el cual el espíritu (como dice muy bien Gonzalez Soriano) se encuentra inmediatamente influido por su conciencia, y supeditado á las condiciones de su cuerpo fluídico.

El recuerdo de todos sus actos y pensamientos, forma su mundo subjetivo.

Las condiciones influyentes de su periespíritu, constituyen su mundo objetivo.

¿Perturban su ánimo en algún grado de pena, las imágenes de sus hechos y el recuerdo de sus pensamientos?... Pues ese es el primer género de su desgracia.

¿Se siente impresionado en algún grado de ansiedad por necesidades materiales que, careciendo de organismo, no puede satisfacer?... Pues ese es el grado del segundo género de su desgracia.

¿Se encuentra atraido en algún grado por tendencias ó pasiones viciosas á determinados lugares, viéndose por dicha causa privado de libertad?... Pues ese es el grado del tercer género de su desgracia.

¿Contempla á los séres que hizo víctimas? ¿Recibe sus acusaciones? ¿Le reclaman reparación? ¿Le siguen, le importunan y mortifican?... Pues ese es el cuarto género de su desgracia.

¿Su ignorancia, su escepticismo, sus creencias, eran tan profundas que le tienen perturbada la conciencia é influyen en su sér hasta ilusionarlo en algún grado haciéndole creer que existe como antes, ó que su modo presente de existir es definitivo?... Pues ese es el quinto género de su desgracia.

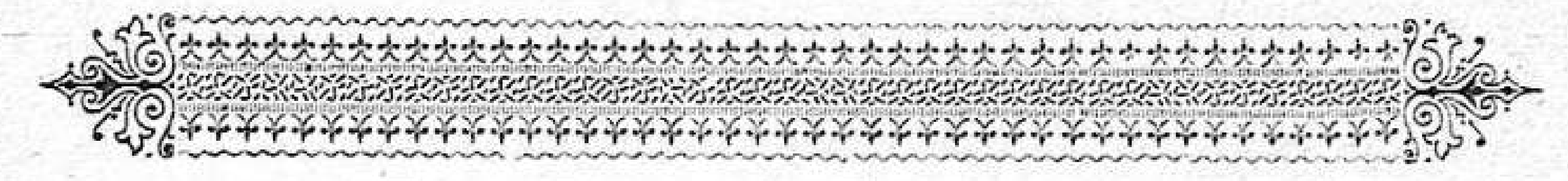
¿Observa la dicha que disfrutan otros séres y la indiferencia hácia él de los que formaron su sociedad y su familia, encontrándose abandonado á sí mismo, á sus propias y débiles fuerzas?.... Pues ese es el sexto género de su desgracia.

Muchos otros estados, dependientes del grado de perfección del espíritu, pudieran citarse para avivar los tristes colores del cuadro de la expiación; pero con los expuestos basta para formarse de ello idea y deducir la multitud de formas expiatorias á que la falta de progreso somete al espíritu culpable, puesto que toda infracción implica una consecuencia inevitable y natural.

(*Concluirá*).

Máximas y Pensamientos

Las comunidades monásticas son á la gran comunidad social, lo que el muérdago á la encina, lo que la berruga al cuerpo humano. Su prosperidad y crecimiento significan la miseria del pais. El monaquismo es para la civilización una especie de tisis: detiene la vida.



Sección filosófica

SUEÑOS Y REALIDADES.

Ni las agitaciones del día. ni lo avanzado de la hora, ni la muelle voluptuosidad del fastuoso lecho; habían conseguido,—y ya rayaba el alba—entornar los párpados del doctor Minaret. De aquellas lujosas estancias en que hallábanse combinados, con artístico tacto, todos los explendores del fausto y todas las coqueterías de la moda, parecía haber huido el sueño.

A pesar de haber extinguido la suave claridad de su preciosa lámpara de China buscando en la oscuridad un lenitivo á tan tenaz insomnio, Minaret seguía contemplando, como si los tuviese delante de su lecho, la tribuna del Ateneo en que tan entusiasta como unánime triunfo había conseguido, y la sala del banquete conmemorativo de la elevación á la poltrona ministerial de su ilustre maestro y amigo D. Francisco Suñer y Capdevila.

Y veíase, él,—Minaret, jefe del partido republicano y presidente de todas las agrupaciones libre pensadoras de aquella capital y su provincia—llevado en hombros por sus exaltados correligionarios, desde aquella tribuna que retemblaba con los aplausos y aclamaciones de la concurrencia, al sillón presidencial del banquete dispuesto en el salón más espacioso del más lujoso Hotel de la ciudad.

El cual salón, á pesar de sus vastísimas proporciones, hallábase—como vulgarmente se dice—de bote en bote cuando nuestro héroe ¡con qué fruición lo recordaba! levantóse con la copa de Champagne en la mano clamando:

—¡A la salud del nuevo Ministro de Ultramar! ¡De aquél que ha dicho: *¡Guerra á Dios, á los Reyes y á la Tísis!* Porque quien dice Dios, dice superstición; quien dice Reyes, dice tiranía; quien dice Tísis, dice sufrimiento; y el deber de todo hombre libre es combatir el sufrimiento, la tiranía y la superstición donde quiera que los encuentre!

Verdad es que la ovación había sido entusiasta, pero no tan unánime ni tan calurosa como en el Ateneo, cuando con casos prácticos, había demostrado la eficacia de sus medios profilácticos en la tenaz campaña que, como especialista de genio, venia con gloria sosteniendo contra la tísis.

Alguien habíale argüido al salir del banquete.

—¿Está cierto el sabio doctor que Dios no es más que una superstición? ¿Alfonso el Sabio y los Reyes católicos, fueron acaso unos tiranos?—

Minaret quedóse mirando detenidamente á aquél alguien, y, echando de ver que era un sujeto que rebosaba salud y juventud por todos los poros de su gallardo cuerpo, contestóle:

—Ya para lo que resta debierais añadir: ¿Estais cierto que la tísis no es mucho más poética que la robusta salud de que disfruto?

Al eco de los ¡Bravo! que aquel tribunicio apóstrofe levantó, Minaret durmióse.

II

Tenía entonces 32 años.

Rico por su casa, si ejercía la medicina era por amor á sus semejantes; lo cual realzábale á los ojos de los adversarios; pues si el simpático ateo dedicaba todos sus afanes á arrebatar en luchas, que hasta entonces habían sido otras tantas victorias, víctimas á la tísis—que constituia su especialidad—no lo hacia ciertamente con la esperanza de obtener un cielo en el que no creía.

Dicho esto prosigamos.

Durmióse y soñó.

Y ¿en qué habia de soñar más que en el banquete por él presidido?

Pero ¡cosa extraña! á su derecha ya no tenía al venerable viejo de blanca barba que presidía por aquel entonces el comité republicano federal, sino á escuálida joven de rostro amarillento y acento apenas perceptible y que al menor esfuerzo se fatigaba.

—¿No me conoces?—díjole ella—Soy la tísis. Guárdate de mi!

—Me alegro—repuso Minaret—los enemigos embozados me repugnan. Prefiero los francos y declarados por fuertes que sean. Tu odio me honra.

Al llegar á los brindis, Minaret volvióse pero la joven había desaparecido. Sin embargo no se había alejado. Y si las miradas del doctor hubieran podido rebasar los límites señalados á la visión en el ojo humano, hubiérala visto dejando caer sus esputos sanguinolentos en la misma copa del Champagne con que brindaba rayando en el delirio del entusiasmo.

De pronto ¡cosas del sueño! desapareció todo aquello, y, Minaret, hallóse en plena sesión de las Córtes republicanas. Miró al banco azul. En lugar de sus amigos y maestro solo halló al Ministerio Castelar que, por boca de su Presidente, pedía ser en el acto sustituido. La Cámara tenía á los ojos del joven completa semejanza con los Altos hornos. La nutrida votación que acababa de derribar aquel Gabinete, había elevado su temperatura hasta la de fusión. Solo faltaba el hierro que no tardó en aparecer bajo la forma de puntiagudas bayonetas por entrambas puertas del salòn de conferencias.

Sin saber cómo, Minaret hallóse en la calle. Detrás de él: un sable centelleando, el fin de una República; delante de él ignoto porvenir. Era la madrugada del 3 de Enero de 1874.

Deslizóse en la densa y fria sombra hasta que la fatiga que sentía y una tosecilla seca y alarmante le obligaron á detenerse ¿Dónde estaba? No lo sabía.

Por fin, el oscuro crespòn de sombra descorrióse, y, como en un teatro, Minaret asistió sucesivamente á las principales jornadas del reinado de don Alfonso XII y la Regencia de su hijo.

Y mientras tanto, aquella tosecilla fatigosa aumentaba sin cesar poniéndole en cuidado.

Decidido á dejarse de todo para atender á su salud, hallòse en melancólico

ocaso reclinado en cómodo sillón junto á amplia y artística vidriera, al través de la cual veíanse pasar, en remolinos otoñales, las hojas de los árboles.

Quiso incorporarse y tras titánicos esfuerzos, apenas consiguió agitarse entre los mullidos almohadones.

Agonizaba y—¡oh sarcasmo del ciego destino!—agonizaba de tísis.

Pareciale una tremenda pesadilla.

Y sin embargo nada más cierto. Ni su ciencia ni la de sus más ilustres colegas, habíale servido de nada.

Se moría.

*

Pero ¡cosa más rara! dentro de aquel organismo que se consumía y aniquilaba, persistía algo. ¿Qué? No lo sabía. Pero aquel *algo* sentíalo en el fondo de su sér cada vez más entero, cada vez más potente, cada vez más viril y enérgico.

¿Era aquello morir?

De pronto, sintió que un frío glacial invadia todo su sér!... que sus ojos se oscurecian!... que su corazón cesaba de latir!..

Pero pasó el desmayo y Minaret encontróse tan bien, tan animado, que sin agena ayuda y sin sentir la más leve fatiga, pudo incorporarse y abandonar su asiento. La enfermedad debia haber hecho crísis, y crísis, asaz favorable, pues ya no sentía ni fatiga ni tos. Palpóse de arriba abajo; aquel era su cuerpo. Llevóse una mano al sitio del corazón; latía todavía con más vigor que antes!

Aproximóse al balcón y se quedó mirando al cielo. Aquel desmayo no debía haber sido breve, por cuanta risueña alborada comenzaba á teñir de nácares y rosas el silencioso oriente en cuyo cielo fulguraba diamantino lucero precursor del día.

El sublime centelleo de aquel magnífico brillante, atrajo sus miradas hasta el punto de que, sin darse cuenta, absorto, fascinado, hallóse de repente en espacio sin límites sembrado de gigantes esferas en que la luz reflejaba sus más bellos matices, con explendores desconocidos, mágicos, asombrosos.

—¿Qué es lo que me pasa? ¿Dónde estoy? Murmuró Minaret.

—Has muerto—contestóle una voz—Héte ya en el cielo.

—Entonces ¿qué es morir?

—Pues, sencillamente: terminar una jornada y regresar al espacio estrellado —verdadera patria del espíritu—para prepararse á otra nueva.

—Luego ¿nuestra vida no acaba en la fosa?

—¿Acabó ese bello sol cuando ayer, en ocaso sublime, traspuso el horizonte? No. Hélo ahí alzándose de nuevo, tras breve noche, en fulgurante aurora!

—Cuán grande es la Naturaleza!

—Pues calcula por su grandeza la del Creador.

—Permíteme que me sonria. Yo no veo más que la Naturaleza, en cuyas regiones late y palpita lo incognoscible en su magnífica é incomparable grandeza.

—Seguro estaba que, cuando sobre la tierra clamabas: ¡*Guerra á Dios!* tu

protesta iba dirigida tan solo contra la falsa idea que de Él han difundido religiones pequeñas; no contra el Sér que al proclamarlo incognoscible, de confesar acabas. Observa atentamente y podrás formarte lijera idea de Sus bondades infinitas.

*

Minaret, sin saber qué contestar, dirigió su vista á donde el índice de una mano luminosa, que á su lado surgió, le señalaba.

Y vió su ataud cubierto de coronas que unos hombres enlutados separaban de él para depositarlo en un nicho.

Numeroso grupo de amigos y correligionarios asistía á su entierro civil.

Precipitóse entre ellos y oyó los discursos de sus improvisados panegiristas, no pudiendo menos de sonreirse al escuchar frases análogas á estas:

—Ahí teneis todo lo que queda de un genio! Y es que el cuerpo humano seméjase al mecanismo de un reloj, mientras tiene cuerda, anda y marca sus horas; acábasele aquella: gástanse con el tiempo sus engranajes, se para, ¡todo ha concluido! En el caso del reloj, su artífice puede utilizar alguna de las piezas para componer otros; en el caso del hombre, la naturaleza ¡ese gran relojero! lo utiliza todo descomponiendo, en su gigantesco laboratorio, carne, huesos, ligamentos, etc. etc.; para transformarlos en oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono que por medio de ingeniosas combinaciones dén origen á nuevos compuestos orgánicos. Hé aqui la verdadera inmortalidad. No hay otra.

Después el desfile, á los acordes de la Marsellesa, entre vivas á Minaret.

—¡Brava ocurrencia!—decíase éste—¿Pues no habíamos quedado—con el Blas que acaba de pronunciar mi oración fúnebre—que no había otra inmortalidad que esa del oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono?—

Minaret sintió entonces ansias de dar fé de su supervivencia y se encaminó á un centro espiritista.

Pero en vano fué que por un medium escribiente mecánico diese magnífica comunicación cuya letra y cuyo espíritu alejaban toda duda acerca de su procedencia.

Amigos y correligionarios del célebre ateo, dijeron á una que *aquello no colaba.*

¿Que cotejada la tal comunicación con escritos de Minaret anteriores á su fallecimiento, no solo la forma de la letra si que también el estilo eran idénticos de toda identidad...? Y eso ¿qué probaba? La habilidad del medium y nada más.

No pocas ocasiones tuvo nuestro héroe de poder apreciar la imparcialidad de ciertas gentes que tienen ojos y no quieren ver.

*

—Indudablemente—se decía—que en lo incognoscible palpita un *Algo* que, sin tomar en cuenta nuestra ceguera ni nuestros desplantes, vela por nosotros como Madre cariñosísima. Y ese *Algo* que refuta las negaciones materialistas, levantando de su tumba al ateo para presenciar su apoteosis; ese *Algo* que le

pone en disposición de comunicar con sus deudos y amigos por medio de ese sublime cable que se llama: el lapiz del medium...;

—Ese *Algo*—interrumpióle la voz misteriosa—no contento con eso, mientras ateos y materialistas claman. ¡Guerra á Dios! Prepárales mullidas cunas en que levantarse tras la breve noche del sepulcro, á nuevas vidas de incesante y creciente progreso. ¡Mira la tuya!

Minaret dirigió su vista al punto indicado, y vió en estucada alcoba de aristocrática mansión, preciosa cuna que rodeaba jóven pareja enamorada hablándose al oido.

—El corazón—decía la futura madre—me da que será un niño. Yo le enseñaré á amar. Tú harás de él un genio que sepa acrecentar tu gloria de médico insigne.—

Minaret sintió un vértigo y cayó junto á aquella cuna de rodillas balbuceando:

—¡Oh, Sér incognoscible, cuán magnánimo eres! Si no temiese empequeñecer idea tan sublime, te diria *mi Dios*.—

Una sardónica risotada estalló á sus espaldas. Volvióse, y vió á la Tísis.

—Puedes decir que te has lucido.—díjole ella—pasando en apenas cinco lustros del ateismo al Espiritismo. Y bien ¿qué me dices ahora?

—Que no he renunciado, sino ampliado, mi grito de combate—contestó Minaret—¡Guerra á los dioses hechos á imagen y semejanza de los humanos; porque monstruosos enjendros de la superstición. vélannos al sublime Incognoscible cuyo evangelio es la ciencia progresiva! ¡Guerra á los tiranos—sean reyes, sean muchedumbres, hasta implantar sobre la Tierra el verdadero reinado del Desconocido á quien ufánome llamando Padre celeste! Y ¡guerra á tí y contigo á toda dolencia física, personificación satánica del mal en nuestro mundo!

—Es decir ¿que no te confiesas vencido?

—¿Acaso conseguiste alguna ventaja sobre mí? Matásteme á traición. ¡Y bien! Nuevo fénix, poco me importan tus arterías. Hé aquí mi cuna. Si necesarias fuesen millares de vidas para desterraros—á tí y á tus sombrías compañeras: la tiranía y la superstición—millares de vidas consumiría gustoso una tras otra. Porque sé que el triunfo no será nunca de los dioses, sino del Incognoscible; no será de la tiranía, sino de la libertad; no será del mal, sino del bien!—

*

Y al extender su derecho brazo en ademan tribunicio, Minaret—tropezando con la mesilla de noche de su alcoba—despertó diciéndose:

—¡Bah, cosas de sueños!

Vistióse, mandó que le sirviesen el almuerzo, y, abriendo el balcón, aspiró con embriaguez los suaves aromas de su jardin situado á corta distancia del occeano.

Sus miradas abarcaron en rápida ojeada: la imprenta contigua; el blanco penacho de humo de un vapor que surcaba la azul inmensidad del mar; la caseta de amarre del cable submarino; una bandada de avecillas paradas en los alambres del teléfono y del telégrafo.

Y al mismo tiempo que del férreo pecho de la locomotora—que cruzaba tras las tapias de su jardín—salía penetrante y agudo silbido; de sus labios salieron estas palabras:

—Imprentas, vapores, teléfonos, cables: sueños ayer, hoy ¡vivientes y magníficas realidades!

M. Gimeno Pito.

Sección científica

CONCIERTOS SIDERALES

VI.

Meteoros.—Clases en que se dividen.—Colores que presenta la luz solar al descomponerse.—Del rayo.—Causas que lo producen.—Fuego de San Telmo.—Globos de fuego y aereolitos.—Meteoros aéreos.—Diversas clases de vientos.—Idea general de los mismos.—Su explicación.

Los meteoros se dividen en tres clases, que son: ígneos, luminosos y aéreos. El principal, es la luz, el cual es un fluído emanado de los cuerpos luminosos: el principal cuerpo que nos la emite, es el sol. La luz solar descomponiéndose, preséntanos siete colores diferentes, que por su orden son los siguientes: violado, morado, azul, verde, amarillo, naranjado y rojo. Cuando está el cielo nublado y aparece el sol por el lado opuesto al observador, éstos siete colores, se nos presentan descompuestos, en una nube, conocida por todo el mundo bajo el nombre de: *arco Iris.*

La *aurora boreal*, es otro de los meteoros luminosos más principales, y es propia de las zonas glaciales, y, algunas veces, de las templadas: la produce una nube blanquecina que, tomando después varios colores, termina por un resplandor grande que ilumina todo el firmamento.

Si ponemos una máquina eléctrica en acción y acercamos, por ejemplo, cualquier órgano de nuestro cuerpo, veremos desprenderse al punto una chispa, seguida de una lijera detonación. Pues bien; cuando se acumula en la atmósfera una gran cantidad de electricidad, tiene efecto este mismo fenómeno, que es conocido con el nombre de *rayo.*

El rayo no es otra cosa, ciertamente, que un chispazo eléctrico producido por el paso de una nube llena de electricidad á otra que contiene menor cantidad. Cuando la electricidad positiva de la nube es atraida por la negativa de la tierra, ó al contrario, entonces baja el rayo, á lo cual se llama caer, tocando

comunmente á los campanarios y edificios aislados. Obsérvase también algunas veces que el rayo sube de la tierra á la nube, cuya causa es la mayor ó menor cargazón de la electricidad terráquea.

El *para-rayos*, ese hermoso instrumento debido al ilustre norteamericano y físico Franklin, sirve para preservar los edificios de los estragos del rayo. Dicho aparato no es otra cosa que una barra metálica terminada en punta que sobresale unas tres varas sobre el edificio, la cual va poco á poco é insensiblemente, descargando á la nube de electricidad. Esta barra tiene un extremo inferior introducido en un pozo ó tierra húmeda para dar pronta salida al fluido eléctrico. En los edificios de una regular extensión se hace preciso colocar un cierto número de ellos; pues cada uno preserva un círculo tomando por radio el doble de la longitud de la aguja.

Algunas veces obsérvanse unas llamas azuladas en las veletas de los campanarios y en los palos de los buques durante las tempestades; lo cual es producido por la acumulación de la electricidad en aquel punto y este fenómeno es conocido con el nombre de *fuego de San Telmo*.

Denomínanse globos de fuego y aereolitos, á otros meteoros ígneos que, sino muy frecuentemente, adviértense en algunas ocasiones. La electricidad es la causa á que obedecen los primeros y los segundos; aunque se ignora ciertamente su origen, créese muy fundadamente son ocasionados por piedras en combustión lanzadas por los volcanes de la luna.

Los meteoros aéreos ó vientos, son producidos por la dilatabilidad del aire, el cual, perdiendo el equilibrio, pone en movimiento á toda la masa atmosférica.

Vamos, pues, á hablar aquí ahora, y con algún detenimiento, de los vientos en general.

Cuando pasa de un lugar á otro una cierta porción de aire, de modo que nos es sensible su acción ó movimiento, dícese que existe *viento*.

Pueden dividirse éstos: en permanentes, reglados y variables; en generales y particulares.

Cuando soplan siempre de la misma parte, los vientos reciben el nombre de *permanentes* ó *constantes*, y tal es, el viento oriental que hay entre los trópicos: llamado por nuestros pilotos brisa.

Los que constantemente vuelven en ciertos tiempos denomínanse vientos *reglados* ó *periódicos*. Estos son los vientos *monzones*, que soplan algunos meses de una parte en el mar Indico, y de la opuesta los demás del año.

Los que soplan ya de un lado ya de otro, son los vientos *variables*, y que sin orden ni concierto alguno, respecto á los lugares ó á los tiempos, empiezan y cesan. En nuestros climas suelen reinar comunmente tales vientos.

El que en el mismo tiempo y sobre un espacio considerable de la tierra durante una buena parte del año, sopla de la misma parte, llámase *viento general*. Dáse únicamente este nombre entre los trópicos al viento constante.

Sin embargo, tiene sus interrupciones este viento. Percíbese apenas en las

tierras, por los obstáculos de las montañas; y aun en la mar, cerca de las costas, altéranlo también los vapores, las exhalaciones y los particulares vientos de tierra; así, pues, únicamente pueden considerarse generales en alta mar, donde no obstante hállanse así mismo sugetos al influjo de las nubes arrojadas de otros países.

Con la denominación de *vientos particulares* se conocen todos los vientos, á excepción del general del Este. Llámanse igualmente *vientos trópicos* los particulares á un pequeño lugar.

Aunque nos encontramos ciertamente no poco lejos del grado de perfección á que es dable aspirar en la teórica de la historia de los vientos, ésta, sin embargo, actualmente está bastante conocida. Para predecir los diferentes fenómenos de la atmósfera, es muy preciso tener en cuenta las observaciones de los anteriores viajeros y combinarlas respecto á las estaciones y demás circunstancias, para dirigirse por sus resultados generales. Mucho más preciso de lo que á primera vista pueda parecer, es este estudio; y con el fin de hacerlo con resultados ópimos, es necesario de todo punto reunir todos los materiales que puedan encontrarse y hacer una consideración detenida de ellos.

Hánnos suministrado conocimientos en extremo curiosos y utilísimos en el asunto, el ilustre físico Mr. Murchambroeck y el Doctor Halley, de los cuales mencionaremos, aunque á la lijera, los siguientes:

En el océano Atlántico, mar Etiópico y océano Pacífico, y entre los límites de 30.° latitud N. y 30.° latitud S. reina continuamente el viento E. y nunca pasa del N. E. ó S. E., pero de modo tal que, en el meridional hemisferio inclínase al S., esto es, como al E. S. E. y en el septentrional al N. como al E. N. E.

Así, pues, antiguamente y antes de que el vapor fuese aplicado á la navegación, todos los buques que salian de Europa para navegar á las Indias occidentales y aun hasta Virginia, atendiendo á este viento, en vez de seguir la distancia más corta, hacían el rumbo hacia el Sur, hasta encontrar los vientos generales que los conducian con seguridad á su derrota. Al contrario y por esta misma razón que apuntamos, todos los que retornaban de América á Europa procuraban llegar lo más pronto posible á la latitud de 30.° en que los vientos empiezan á variar y prosiguen al Norte hasta hallar bien establecidos los de Oeste.

Inmediatamente que se sale de los límites de 30.° que limitan los vientos generales á cada lado del Ecuador, encuéntranse los vientos occidentales; pero obsérvase el influjo de las estaciones en estos vientos; de modo, que cuando el sol se halla á la misma parte del Ecuador, entonces los vientos son generalmente en el hemisferio Norte, del O. al S. O y cuando el sol ha pasado á la otra parte, del O. al N. O. Y así son los vientos que frecuentemente se experimentan en el océano occidental entre la América septentrional y Europa. Lo contrario acontece en el hemisferio meridional.

Como las causas particulares y obstáculos extraños alteran el viento general en todas las costas comprendidas entre Perú y Chile, ocurre que en las de Cafrería, Angola y Biafara, sopla generalmente el viento Sur, en tanto que en las cercanías de la costa de la Guinea reina por lo común el S. O.

A medida que se llega á las islas Caribes, el viento general toma más del E. y aun penetra en el golfo de México. Sin embargo, es sumamente inconstante en estos lugares, experimentándose en la mala estación grandes torbellinos y vientos nortes duros que son peligrosísimos en extremo para los buques que surcan aquellas aguas.

Más allá de las islas de Cabo Verde, entre los 4.° y 10.° de latitud norte y entre el meridiano de este mismo nombre, existe una regular extensión de mar que hállase sujeto á perpétuas calmas, acompañadas de truenos, relámpagos, huracanes y horribles lluvias. Este lugar es conocido entre la gente de mar con el nombre del paso de la Línea.

(*Concluirá*)

A. Beuisia.

VARIO

La educación de la Mujer.

El Congreso internacional de Berlin ha tenido un éxito superior al que esperaban sus organizadoras.

Se contaba con 500 congresistas y se han presentado el doble.

Esto ha llenado de regocijo á los partidarios de la causa femenina, tanto más, cuanto que hasta aquí no había tenido en Alemania ningun resultado tan favorable.

Existe actualmente en este pais un movimiento femenino de una gran importancia y se debe felicitar que el reciente congreso las haya ayudado á ponerlo en evidencia.

En la relación del congreso publicada por la Revista femenina (Sep. 1896) Mme. Kaethe Schirmaker, doctora en Filosofía agregada á la universidad, evalúa en muchas decenas de mil las adeptas al movimiento intelectual femenino y en muchas centenas de mil los espectadores que se alegran de este movimiento.

Existe una sociedad fundada en 1865 en Leipsick bajo el título de «Asociación general de mujeres alemanas.»

Las tres fundadoras son: Mme. Louise Otto-Peters, Mlle. Augusta Schmidt y Mmc. Henriette Goldschundt, tres nombres que merecen tenerse presentes, pues han fundado una sociedad de propaganda femenina con teorías bastante avanzadas: pero al mismo tiempo prudentes, se han dedicado á las cuestiones de enseñanza y educación como las más urgentes, las más fácilmente realizables y las más útiles en el porvenir.

Se debía preocupar todo el mundo de colocar á la mujer en un medio de ganar su sustento y de adquirir esta independencia material que es una de las condiciones de la dignidad de la vida.

El hecho de encontrar contínuas trabas en la sola carrera que hasta aquí le permitía ganar la vida sin humillaciones, es ciertamente lo que más les impulsa á las institutrices de Alemania hacia el femenismo.

Dos mujeres se han interesado por la causa de las institutrices. Mlle. Lange se ha hecho desde 1880 su intérprete y reclama entre otras cosas la admisión de las mujeres en la universidad.

En 1888 consiguió del gobierno prusiano una primera concesión.

Si no obtiene que las universidades sean abiertas para las mujeres, consigue al menos hacer crear en Berlin por el ministro, dos cursos especiales y superiores para la enseñanza de las mujeres.

Mme. Ketter de Veimar, que reunía desde hace tiempo todos sus esfuerzos á obtener para las mujeres, á título de ensayo, al menos un gimnasio, realizó al fin su deseo en 1895: el gran Duque de Baden la autorizó para fundar su gimnasio en Carsruhe misma, su capital.

En Francia la enseñanza de las jóvenes va aumentando por momentos.

Existe hoy una escuela normal en Sévres, treinta y dos institutos, de los cuales cinco están en Paris, á los que conviene añadir el llamado de Túnez; tres institutos inferiores, veintisiete colegios y un colegio inferior.

El régimen de los institutos es el externado. Sin embargo, ciertas municipalidades han añadido por cuenta suya un internado á su instituto ó colegio.

El colegio de Sévres cuenta 75 discípulas.

La población de los institutos es de 7.163 alumnas, á saber: 3.108 en las clases primarias, de las cuales 686 para la infancia, existentes en 30 institutos; 4.055 en segunda enseñanza.

Estas 7.163 estudiantes comprenden: 3.680 externas, 1.797 externas inspectoras, 306 semipensionistas, 980 pensionistas.

En este número están comprendidas 655 pobres.

La población de los colegios es de 3.250 alumnas: 1.548 en las clases primarias, de las cuales 433 son niñas y 1.702 mujeres.

Estas 3.250, de las cuales 264 son pobres, comprenden: 1.398 externas, 1.036 externas inspectoras, 104 semipensionistas y 712 pensionistas.

El personal de los institutos es: 35 directoras (21 agregadas, 2 licenciadas, 2 provistas de certificación de aptitud para la segunda enseñanza de jóvenes, 1 con el título de bachiller, 9 que poseen un título primario); 163 profesoras (86 de letras, 54 de ciencias, 23 de lenguas vivas); 86 maestras encargadas del curso de estudios (24 para las letras, 16 para las ciencias, 42 para las lenguas vivas); 17 profesoras y 14 maestras encargadas del curso de dibujo, 17 de labores, 11 de canto, 13 de gimnasia, 35 de economía, 137 maestras auxiliares de las cuales 4 están encargadas del cuidado general y 29 tienen cargos particulares.

Matilde Navarro Alonso.

(Se concluirá.)

SECCIÓN LIBRE

EN CONTROVERSIA

De *El Jesuita Blanco.*

Copiamos literalmente de este adalid del progreso, correspondiente al diez y seis actual:

«Damos las gracias á LA REVELACIÓN de Alicante por su cariñosa bienvenida al perio-»dismo, de *El Jesuita Blanco*, y su declaración del lema que sustenta, declaración que nos »proponemos aclarar en otros números por encontrarla tan poco deista como cristiana y »Kardeista sin salir del Evangelio, filosofía de Kardec y libre de Mediums, en los cuales »encontramos sublimidad bastante para purificar la verdadera luz del alma; esperando por »tanto, que podrá desarrollar su modestia de aprendices, admitiendo la discusión que nos »proponemos para el caso, puesto que sin discusión no es posible la luz.»

Hasta aquí, el distinguido colega, á quien sinceramente felicitamos por la noble, elevada y honrosa labor que se ha impuesto de disipar con la magesnosa irradiación de la sacrosanta y redentora Verdad, las negruras del fatídico error, y... ni un comentario más, puesto que aceptando, como aceptamos, con gusto sumo la discusión á que se nos invita, tiene ya desde luego la palabra nuestro cariñoso é ilustrado hermano.



LA REVELACIÓN dedica un cariñoso recuerdo á su inolvidable maestro Allan Kardec con motivo del vigésimo nono aniversario de su desencarnación, el cual se cumple el 31 del presente mes; y hace votos fervientes para que la sublime inspiración de espíritu tan elevado no nos falte, con el fin de continuar, cada vez con más entusiasmo, demarcando á la actual decrépita

humanidad los derroteros que seguir debe para alcanzar el logro de ver consolidado, en el más breve plazo, el reinado de la paz, la verdad y el bien.

*** Hemos sido gratamente sorprendidos con la visita de nuestro muy querido amigo é ilustrado colaborador de LA REVELACIÓN, D. Lázaro Mascarell, de Alcoy.

Los breves momentos que junto á él hemos pasado, han sido de verdadera satisfacción para nosotros; habiendo tenido ocasión de apreciar una vez más, los profundos conocimientos que de nuestra regeneradora doctrina posee.

Por su parte, bien sabe nuestro muy apreciado *Neófito*, el fraternal afecto que le profesa esta redacción.

*** Nuestro estimado amigo y suscriptor D. Francisco Valls, de Ibi, nos comunica que el 19 del actual celebró una solemne velada literaria y musical, la Sociedad obrera «La Virtud y el trabajo» de la expresada localidad.

El principal tema sobre el cual versaron los discursos y las poesias fué la caridad; mereciendo los honores de la repetición la poesía leida por el niño Luis Valls.

Todos cuantos tomaron parte fueron muy aplaudidos y felicitados por la numerosa concurrencia.

Unimos nuestros plácemes á los suyos, congratulándonos infinito por la realización del acto que sucintamente reseñamos por no permitirnos otra cosa la abundancia de material.

Con gusto hacemos constar que el bello sexo estaba dignamente representado por la mayoría de la concurrencia que invadia el salón capaz para más de 350 personas.

*** Hemos recibido el primer cuaderno de caricaturas titulado «Lances de honor», debido al fecundo ingenio del Sr. Xaudaró.

En él su autor ha hecho un verdadero derroche de gracia, poniendo de manifiesto la ridiculez que informa los mal llamados lances de honor.

Recomendamos á nuestros lectores la adquisición de tan precioso é interesante Album, por cierto primorosamente editado en Barcelona por su propietario Sr. Tasso, á quien sinceramente felicitamos lo mismo que al expresado Sr. Xaudaró.

De venta en los kioscos y principales librerias.

*** Para dar cabida al artículo intitulado «Sueños y realidades» que por la importancia que reviste insertamos íntegro, nos vemos precisados á retirar, entre otros, el epigrafiado «Menudencias» de nuestro nuevo colaborador don Jaime Puigdoller.

*** Segun dice nuestro apreciable colega «La Revista Espiritista de la Habana», llama extraordinariamente la atención un *medium* parlante del Centro de Ginebra, con el que se comunica un espíritu que dice llamarse *Sirronka* principe de la India en el siglo XV, y que habla efectivamente en uno de los dialectos sanscritos usados en aquella época.

Imprenta de MOSCAT Y OÑATE, Plaza Isabel II, núm. 10.—ALICANTE.